

“ANTE LA OFENSA, CORTÉS DEFENSA”

Una mañana cualquiera del primaveral mes de abril, en la ciudad de Madrid, a finales de los años treinta del 1800...

Hace un día espléndido y Margaret Eaton, la esposa del diplomático norteamericano John Henry Eaton, se dispone a salir con su amiga “la de Apodaca”. Ambas, han quedado para acudir a su cita con la modista para elegir unos nuevos tejidos recién llegados de París, comer juntas y visitar después a María Manuela, la condesa de Campo Alange.

_¡Andrés!- se dirige Margaret al cochero-¡A la calle Cruzada, a casa de la señora condesa!

_¡He oído que la condesa es muy célebre en Madrid!- comenta la de Apodaca. ¡De gran agudeza de ingenio, magnífica pianista, amplia cultura y gran animadora de tertulias y veladas! ¡Me apetece conocerla!

_¡Sí, amiga, y a sus salones acuden invitados de lo más florido de la alta sociedad! ¡Te aseguro que no te será indiferente! ¡Andrés, para aquí! ¡La señora y yo nos acercaremos dando un paseo!- contesta Margaret.

A medida que se iban aproximando a la casa se podía escuchar el sonido de una pieza alegre y con ritmo, interpretada por alguien al piano...

_¡Buenas tardes, señora Eaton. La señora condesa les está esperando!-les dijo la doncella al tiempo que les condujo hasta el salón.

La condesa, en cuanto las vió hizo un movimiento con la cabeza como indicando que se sentaran mientras terminaba de interpretar con ímpetu lo que parecía ser una tonadilla. Un par de minutos después se levantó y, acercándose hacia ellas, les dijo:

_Disculpad la espera, pero llevo unos días con gran desasosiego e incertidumbre. Ya sabes, Margaret, que estoy litigando por recuperar parte de mi patrimonio. Esta mañana recibí carta de mi administrador refiriéndome las malas noticias por parte de mi abogado. Me abruma la cantidad de documentos que me piden y, tocar el piano, me distrae de estos sinsabores.

_¡Manuela, quiero presentarte a mi amiga, “la de Apodaca”! - interrumpió Margaret.

_¡Apodaca!- repitió la condesa, mientras le hizo un recorrido de arriba abajo con la mirada-¡Vuestro linaje es conocido por ascender como la espuma! ¡Quizá alguno de los tuyos estaría dispuesto a extenderme una recomendación para avanzar en el negocio que me ocupa!- dijo alegremente mientras soltó una carcajada.

Se hizo el silencio por unos instantes mientras Margaret y la de Apodaca se miraban de reojo. Con ánimo de suavizar la situación, Margaret intervino contando

algunos detalles de la fiesta que estaba preparando para el próximo martes y a la que la condesa estaba invitada.

Ya, de regreso, dentro del carruaje:

_¡Lo siento, querida amiga!-dirigiéndose a la de Apodaca- ¡Debí advertirte de que la condesa también es conocida por acarrearse enemistades a causa de sus comentarios y chistes!

-¡Gracias, Margaret! ¡No te preocupes, ahora comprendo bien que a su tertulia la llamen “el matadero”!

Dos días después de aquel incidente, en otra primaveral tarde de abril, la hija de Margaret se dirigió a casa de María Manuela, la condesa de Campo Alange. Poco tiempo atrás, Margaret había conseguido de ella el favor de dejarle uno de los libros de su impresionante biblioteca; un pesado libro titulado “*Los amantes de Teruel. Epopeya trágica*”, que Yagüe Salas, -el que fuera notario, secretario y archivero del Concejo de Teruel- publicó en 1616, y en cuyo prólogo participaron Cervantes y Lope de Vega...No sospechaba la hija de Margaret lo que se desencadenaría tras el momento de tal devolución:

-¡Le agradezco, señora, que nos haya permitido manejar y leer un libro tan especial!- dijo a la condesa.

-¡Ha sido un placer!- contestó ella. ¿Como está tu madre? ¿Se ha repuesto ya de su indisposición?

-Ya que lo menciona...Anda algo disgustada por el modo en que recibió el otro día a su amiga, la de Apodaca – contestó.

_¡No comprendo el por qué! ¡No dije nada que no fuera cierto! Has de saber, querida, que entre los Ruiz de Apodaca hay generaciones de intendentes, generales, jefes de escuadra, capitanes y tenientes generales de la Real Armada Española...hasta un virrey. Es de sobra conocida la promoción, patrocinio y política de colocación de sus vástagos y allegados- expuso la condesa.

_No es delito, a mi parecer, el querer progresar en la vida- intervino la hija de Margaret.

_¡Cierto, no lo es!- continuó la condesa- Sin embargo, en los corrillos y tertulias se comenta que, en su día, no acreditaron su nobleza de la forma que cabría esperar para quienes decían pertenecer a dicha clase. Te lo diré más claro. Parece ser que esta familia, como otras, prosperaron en el comercio y compraron la oficialía del ejército para entrar y ascender más rápidamente en la carrera militar; y han acabado ocupando cargos políticos de gran relevancia que antes ostentaban personalidades de mayor dignidad. ¡No es plato de gusto para los míos comprobar esta realidad!

Terminada la visita y de regreso a casa, la hija de Margaret, se preguntaba de qué manera explicaría a su madre el contenido de aquella conversación.

Margaret escuchaba atentamente y en silencio los detalles de la conversación que la condesa había mantenido con su hija, mientras fijaba su mirada en el jarrón de flores que había en una mesita del salón. Levantándose lentamente se dirigió hacia él para sacar una de sus flores y olerla con profundidad. A continuación, se acercó a la ventana para observar la calle y, mientras giraba y giraba la flor entre sus manos, comenzó a liberarse en su interior, ahora sí, un sentimiento mezcla de decepción, tristeza y desolación. En su mente se agolparon imágenes de un pasado y de una sociedad que la sometió a la crítica, al rechazo constante, a la destrucción de su reputación, que la hizo sufrir hasta la saciedad. Y se acordó de “la de Apodaca”... De pronto, paró de girar la flor de entre sus manos, se volvió hacia su hija y le dijo:

_¡Esta actitud hacia mi amiga no la puedo consentir! ¡Rápidamente debo hacer algo al respecto!- manifestó con convicción y dispuesta a zanjar el asunto.

María del Mar Escudero Rojo.